

LA REBELIÓN DE ANTÍGONA APUNTES FILOSÓFICOS SOBRE UNA TRAGEDIA

Gendrik Moreno¹

A Humberto Amado Cupello

In memoriam

Resumen

Antígona de Sófocles es una de las obras que más ha cautivado la imaginación occidental y es una de las piezas teatrales antiguas más ricas en sugerencias sobre las mutuas relaciones entre las nociones de poder, justicia, desobediencia y conservadurismo, entre otras de tonalidad más psicológica. Con *Edipo Rey* constituye seguramente el arquetipo de la tragedia griega. Precisamente, sobre estas ideas se estructura el presente trabajo, aproximándonos a la *tragedia* a la luz de una tematización de estos conceptos presentes en la obra del griego. Para ello, hemos hecho un resumen de la obra y la hemos reconstruido bajo aquellos conceptos. La técnica fue documental teniendo como texto primario la obra del griego y usando como guía el clásico de M.C. Bowra sobre literatura griega clásica. Finalmente, llegamos a dos conclusiones preliminares: Antígona resuelve rápidamente un posible dilema moral entre obedecer, o bien a la ley positiva o bien a la divina optando por acatar el mandato de los dioses de darle sepultura a su hermano, cumpliendo así con el imperativo de su conciencia enraizada en una marcada estructura ritual. En contraste, su hermana Ismene deviene en símbolo de conservadurismo en tanto prefiere no subvertir el orden comunitario aun si comparte el dolor por la pérdida de su hermano. Por otro lado,

¹ Gendrik Moreno es Magíster en Filosofía. Licenciado en Filosofía y Sociólogo por la Universidad del Zulia (LUZ). Diplomado en Lógica Aplicada por la Universidad de los Andes (ULA). Ha impartido sus enseñanzas en la Escuela de Ciencias Políticas en la Universidad Rafael Urdaneta, Maracaibo, estado Zulia. Correo electrónico: gendrikmh@gmail.com

Creonte entra en una dramática situación paradójica: cumplir con la ley de la cual es máximo preceptor o, en tanto comparte con Antígona el mismo *ethos* y tradición heredada, cumplir con el ritual divino del entierro de su hijo y de su mujer.

Palabras clave: poder, justicia humano-positiva, justicia divino-positiva, desobediencia, conservadurismo, Antígona.

THE REBELLION OF ANTIGONA: PHILOSOPHICAL NOTES ABOUT A TRAGEDY

Abstract

Sophocles' *Antigone* is one of the works that has most captivated the Western imagination, and it is one of the richest ancient theater pieces in suggestions about the mutual relationships between the notions of power, justice, disobedience and conservatism, among others. As well as *Oedipus the King*, it is an archetype of Greek tragedy. The present article is structured according to these ideas, while approaches the tragedy in the light of a thematization of concepts as they are present in the Greek's work. With this purpose we have made a summary of this work and have reconstructed it after those concepts. We applied a documentary method by following as primary text the work of the Greek, and also using the study by M.C. Bowra on Classical Greek Literature. Finally, we reach two preliminary conclusions: *Antigone* quickly resolves a possible moral dilemma, as she has to choose whether to obey the positive law or the divine law instead, thus she chooses to bury her brother and therefore she obeys the gods' command. So she follows her consciousness' imperative which is rooted into a strong ritual structure. By contrast, her sister *Ismene* becomes a symbol of conservatism, because she prefers not subverting the community's order, even if she shares the pain over the loss of her brother. On the other hand, *Creon* is placed into a dramatic paradoxical situation: complying with the law,

which he must respect as its highest preceptor or complying with the divine ritual of the burial of his son and his wife, given that he shares with Antigone the same ethos and inherited tradition.

Keywords: Power, human-positive justice, divine-positive justice, disobedience, conservatism, Antigone.

0. Introducción

Salvando las distancias que ciertamente existen entre Freud y yo, a la manera del psiquiatra, quien a partir del mito *Edipo Rey*, concibió y desarrolló toda una teoría psicológica harto popular en el siglo XX y XXI, la del célebre “complejo de Edipo”, y a pesar de las múltiples críticas que se le han elevado desde el racionalismo popperiano, he decidido transitar parecido proceder: puntualizar algunas conjeturas filosóficas cercanas a la política, la sociología y el derecho, pero intentando en lo posible desarrollarlas, sin mayores ataduras disciplinares, al aire de los pasajes que han despertado nuestro interés; más bien intentando copiar la naturalidad y sentido irónico con el que Sófocles pone en escena determinados aspectos trágicos de la vida humana. Sobre esto, y como sostiene un especialista en literatura griega, Maurice Bowra “La ironía sofoclea es un instrumento para destacar el contraste entre las ilusiones que mecen a los hombres, en especial a los grande y poderosos, y la realidad inexorable que tarde o temprano les destruye. En este contraste reside el conflicto griego, y el punto central del mundo trágico de Sófocles” (1968: 199). A diferencia de otros relatos del autor como *Edipo Rey*, *Traquinias* o *Edipo en Colono*, probablemente de mayor complejidad literaria, la estructura argumental de *Antígona* resulta algo más sencilla de atrapar, limpia y sin estridencia.

1. Lo sucedido

En la mitología griega, Antígona es hija de Edipo y Yocasta y es hermana de Ismene, Eteocles y Polinices. Acompañó a su padre Edipo (rey de Tebas) al exilio y, a su muerte, regresó a la ciudad. En el mito, los dos hermanos varones de Antígona se encuentran constantemente combatiendo por el trono de Tebas, debido a una maldición que su padre había lanzado contra ellos. Se suponía que Eteocles y Polinices se iban a turnar el trono periódicamente, pero, en algún momento, Eteocles decide quedarse en el poder después de cumplido su período, con lo que se desencadena una guerra que concluye con la muerte de los dos hermanos en batalla, cada uno a manos del otro, como decía la profecía. Creonte, entonces, se convierte en rey de Tebas y dictamina que, por haber traicionado a su patria, Polinices no será enterrado dignamente y se dejará a las afueras de la ciudad al arbitrio de las aves de carroña y los perros (por cierto, este mito es contado en la tragedia *Los siete contra Tebas* de Esquilo).

En la obra de Sófocles, Antígona cuenta a su hermana Ismene que Creonte impone la prohibición de hacer ritos fúnebres al cuerpo de Polinices como castigo ejemplar por traición a su patria. Antígona pide a Ismene que le ayude a honrar la dignidad del cadáver de su hermano, pese a la prohibición de Creonte. Ésta se niega por temor a las consecuencias de quebrantar la ley. Antígona reprocha a su hermana su actitud y decide seguir con su plan. Posteriormente, un guardián anuncia que Polinices ha sido enterrado, sin que ninguno de ellos, reunidos en vigilia sobre el cuerpo insepulto, supiera quién ha realizado esa acción. Creonte los acusa incluso de haber recibido sobornos para ayudar a Antígona en su empresa ritual y afectiva. El coro de ancianos cree que los dioses han intervenido para resolver el conflicto de leyes, pero Creonte ordena que el cuerpo de Polinices sea desenterrado. Pronto se descubre que Antígona era quien había enterrado al cuerpo, pues intenta una vez más enterrarlo y realizar los ritos funerarios, pero es capturada por los centinelas.

Antígona es llevada ante Creonte y explica que ha desobedecido porque las leyes humanas no pueden prevalecer sobre las divinas. Además, altiva y orgullosa de ello

y sin temor a las consecuencias. Antígona es condenada a muerte. Será encerrada viva en una tumba excavada en roca. El hijo de Creonte, Hemón, se ve perjudicado por la decisión de su padre, ya que Antígona es su prometida. Señala a su padre que el pueblo tebano no cree que Antígona merezca la condena a muerte y pide que la perdone. Creonte se niega a ello. Antígona va camino a su muerte y, si bien no se arrepiente de su acción, ha perdido la altivez y resolución que mostraba antes, al dar muestras de temor ante su muerte. La humanización de Antígona resalta el dramatismo del momento. El adivino y ciego Tiresias interviene para decirle a Creonte que los cuervos y los perros arrancan trozos del cadáver de Polinices y los dejan en los altares y los hogares, prueba de que los dioses muestran señales de cólera. Acusa a Creonte de imprudente y vaticina que alguien de la sangre de Creonte pagará sus errores con su muerte. Creonte, ante las profecías de Tiresias, cede y se dispone a rectificar sus faltas. Decide, junto con los guardianes, ir a liberar a Antígona del sepulcro donde había sido encerrada, pero ésta se ha quitado la vida ahorcándose. A su lado, Hemón se había suicidado clavándose una espada tras encontrar a su prometida muerta. Creonte aún tiene que soportar otra desgracia más, pues al volver a palacio con su hijo muerto en brazos, recibe la noticia de que su esposa Eurídice también se ha suicidado al conocer las noticias. El coro finaliza con un llamado a obrar con prudencia y respetar las leyes divinas.

Pues bien, este fue un relato sucinto, un resumen en menos de una página de las veintiséis que más o menos tienen las traducciones; es la reconstrucción de un episodio digno de memoria. En este nuevo mundo de despersonalizadas redes sociales, de *bestsellers* de autoayuda, de los enlatados hollywoodenses, del “rincón del vago” y de la displicencia y la pereza generalizada es muy verosímil que el formato del diálogo filosófico o literario como el presentado genere rechazo y distanciamientos, en buena medida porque la estructura, ideas y argumentos centrales salen a la luz no sin cierto esfuerzo reconstructivo. Sin embargo, no exime romper el celofán literario

y concentrarse en la lectura y detección de una miríada de temas y problemas allí adormitados y ayunos de interpretaciones.

1. Ley, justicia y desobediencia en Antígona

Antígona dice que Creonte transgrede las leyes divinas, increadas, imperecederas, intangibles, no recogidas por código alguno, pero impresas en el corazón de los atenienses; Creonte, a su vez, afirma algo de parecido tenor: Antígona desconoce y transgrede con valentía y altivez las leyes que prescriben ofensas y violencia contra la patria (475-480)².

En realidad, ambos violan al menos un dictamen: Antígona, el humano positivo, y Creonte, el dictamen divino-positivo. El enigma está en dilucidar con fundamento cuál de los dos tiene plena justificación moral. De aquí se desprende una agonística de *egos*, con independencia de la posición social ocupada; una tragedia que, precisamente por esa agonística psíquica, va creciendo y cubriendo cual tupida enredadera el orden nómico de una familia y de una ciudad. También es patente el duelo de concepciones de justicia que se manifiestan como lucha de racionalidades contrapuestas. Un invento de hombres como las leyes y las preceptivas éticas, aun si son reguladores disuasivos de la conducta individual y social, facilitando la convivencia, en el entendimiento griego de justicia, jamás puede predominar por sobre los dictámenes inapelables de los dioses, la más de las veces humanamente ininteligibles, pero inexorables en los derroteros del destino humano.

En rigor, lo que hace Creonte es dar libre desarrollo, actualizar por medio de un Edicto, una suerte de versión antigua del crimen contemporáneo de “lesa patria”. Creonte busca la paz y el sosiego, mantener el orden establecido a fuer del decreto.

² En lo sucesivo, las citas o pasajes relevantes del texto de Sófocles serán referenciadas con el número del verso de la obra encerrado entre paréntesis. Para ello, hemos tomado como fuente la traducción al español que hiciera Assela Alamillo para la editorial Gredos, publicada en 1992.

A Antígona, esa decisión le parece decididamente injusta, porque ignora el canon del ritual fúnebre, y como se sabe, tales honores eran muy importantes para los griegos, pues el alma de un cuerpo que no era enterrado estaba condenada a vagar por la Tierra eternamente. Por tal razón, Antígona decidió enterrar a su hermano y realizar sobre su cuerpo los correspondientes ritos, aunque con ello se rebelaba contra Creonte. *Antígona* podría ser interpretada como la metáfora del entendimiento, meta positivista de la justicia en la medida que, más allá de cualquier ley humano-positiva³, de su impecable rigor formal, de su férrea disposición a ser acatada, está el muy humano y delicado sentido de justicia y retribución que impelen como ley moral interna, y que interpela la conciencia y empuja por mérito propio a su fiel cumplimiento. Y este es el proyecto que precisamente emprende la protagonista. Pero, si escarbamos con mayor afán podemos elucubrar que, con relación al dictamen del gobernante, no hay una actitud trasgresora necesariamente ínsita o arbitraria en el carácter de Antígona, algo así como una “rebeldía sin causa”, sólo que las decisiones humanas interpelan con mayor fuerza e intensidad sobre la voluntad cuando, en el decurso de los acontecimientos vitales, en “situaciones límite”, está moralmente comprometido el amor filial, la dignidad familiar, o algunas realizaciones político-culturales impostergables por el riesgo de desorden psíquico y social que este gesto, en potencia, conlleva. En esta imagen trasluce el pretérito problema ‘naturaleza-convencción’ (*physis-nómos*) que predomina en la mentalidad filosófica de la Grecia clásica, y en general, en toda la civilización occidental hasta nuestros días.

En el entendimiento antingoniano de la ley, la ley humana-positiva es una impostura, útil pero transitoria y de segundo orden, con respecto a las leyes divinas. En este sentido Antígona “desobedece” un precepto artificial y desechable en tanto y en cuanto dimana de un poder humano, finito; empero, la real infracción, la que siente, respeta y teme reverencialmente es la del “tribunal olímpico” la cual coincide con esa llama moral interna. Y no hay mejor forma ni más armoniosa de seguir una

³ Asumimos en este escrito la distinción entre “ley humano-positiva” y “divino-positiva” o “ley revelada” que hace Ángel Martín Sánchez en su libro *Introducción a la ética y a la crítica de la moral*, Valencia, Vadell Hermanos, 1995: 24-30.

norma, por subjetivamente acoplada, que cuando surge ese *mach*, esa coincidencia entre conciencia interna y externa, cuando dimana *naturalmente* de la voluntad de un sujeto. Y esta coincidencia o acoplamiento es lo que experimenta Antígona. De tal suerte que, aun si a la luz de la preceptiva civil Antígona desobedece el edicto del gobernante, esto es mera apariencia sin mayor peso en su volición y decisión, pues realmente está obedeciendo el imperativo moral de su conciencia con arreglo a ley divina.

El incumplimiento de su sino es mucho más vergonzoso y peligroso que la pena civil. Pero, aun así Antígona -con todo y que no actúa ciega de razones y sin una planificación previa- parece encarnar la connatural violencia que implica todo acto de sedición. El riesgo de confusión entre venganza y justicia que la más de las veces brota de la sospecha judicial de Creonte, pareciera, en rigor, un genuino acto de violencia mayor que el de aquella, amparado bajo el manto de la legalidad del ejercicio del poder político. Como se sabe, es lugar común afirmar que no siempre todo lo legal es legítimo y viceversa. Puede haber varios tipos de violencia, desde la más visceral y dolorosamente física, hasta la más sutil y simbólica, sentida sólo por el que la padece; y puede suceder que la violencia que se promueve termina por revelarse reactivamente y sin mayores restricciones.

Desde hace un par de décadas, un sociólogo y matemático noruego, Johan Galtung, teórico y asesor mundial de procesos de paz y conflictos, en un minucioso análisis sobre las raíces y causas de la violencia sociocultural engendrada por el capitalismo postindustrial introdujo el concepto de “triángulo de la violencia”⁴. Aparte de la violencia directa, física o verbal y visible para todos, existen también la violencia estructural y la violencia cultural, fuerzas y estructuras intangibles, pero, según el autor, no menos violentas. Ellas son las raíces de la violencia directa y tiñen o impregnan ciertas formas sociopolíticas y culturales de una sociedad: las estructuras violentas como represión, explotación, marginación, segregación y oclusión social,

⁴ Cf. GALTUNG, J. *Paz por medios pacíficos: paz y conflicto, desarrollo y civilización*. Bilbao, Bakeaz, 2003.

racismo, misoginia y sexismo. Por lo general, estos tipos son ejercidos sobre las mayorías de una población desde las esferas políticas, económicas, físicas, organizativas y culturales del poder, y que, aun si no es inmediatamente perceptible o aprehensible, logra tocar y estimular aquellas fibras nervios sistémicos que hace que por la abigarrada red de relaciones causales, de vértices e interconexiones entre las partes constitutivas de una totalidad cultural, ésta responda, como por un “acto-reflejo”, con conductas que recrudecen la espiral de violencia. Este *ouput*, esta respuesta-violenta que considera el autor como una violencia inmediata, perceptible o de superficie, es sobre la que “saliva” el derecho positivo. Y en el caso del mito, la sedición o transgresión de Antígona es el objetivo de una decisión punible.

No me voy a hacer eco aquí del inocultable tono idealista y romántico que arropa el argumento de Galtung, que así como en las lidias epistemológicas, después de Kant “todos” somos de alguna manera e irremediabilmente “postkantianos”; también, después de Rousseau todas nuestras ideas políticas están inficionadas del barniz romántico del “buen salvaje”. De manera pues que allí donde el poder ve violencia, el supuesto agente de la violencia previamente señalado por el poder ve un acto de justicia. A riesgo de anacronismo, puede afirmarse que la misoginia presente en la sociedad griega de la época y claramente palpable en el diálogo por boca de Creonte, intenta servir como justificación agravante de lo que a todas luces no es más que el cumplimiento de un ritual inscrito en las leyes intangibles pero poderosas del sistema social griego antiguo. Así que en una postura claramente “antisocrática”, por rotularla de alguna manera, de confrontación directa de leyes y gobernantes, Antígona, con apoyo de su hermana o sin él, decide hacer cumplir el imperativo. No desobedece una norma; por el contrario, sigue la regla que le dictamina el modo en que ciertas prácticas culturales le han permitido conceptualizar el mundo que le circunda y que orienta su conducta psicosocial.

2. Confrontación entre el deber ético-religioso frente el deber cívico para con la polis

Este puede ser considerado un segundo aspecto o tema presente en la obra que deseamos subrayar, la contraposición que se establece entre lo religioso y lo cívico, que es una forma de decir, el deber para con las leyes u ordenanzas de la *polis*. Mientras que Antígona exhibe una actitud coherentemente piadosa al ocuparse de todos los entierros de los miembros de su desdichada familia -recordemos a Edipo, Yocasta y su hermano Eteocles-, Ismene sin miramientos y con férrea disciplina cívica antepone argumentos en auxilio para con ese tipo de deberes, el civil. Aun si es algún miembro de la familia el que está comprometido en el fiel cumplimiento de una pía exigencia, o situación ritual parecida, Ismene la solapa y la distrae aduciendo que, la integridad de la polis, es decir, de la sociedad a la que se pertenece, debe ser preservada y honrada casi que como trasunto o sucedáneo de los dictámenes divinos – ciertamente en ocasiones también caprichosos.

Aquí es pertinente recordar al menos dos cosas: la primera, es que la sociedad griega solía ser marcadamente ritual o litúrgica. Todo el cuerpo mítico que constituía a aquella mentalidad desplegaba un implacable correlato de procedimientos mágicos y mítico-religiosos de rituales de iniciación, de paso, fúnebres, de expiación, ceremoniales, gloriosos, entre muchos otros, cuyo sacralizado *ethos* impedía y penalizaba con el rótulo de ‘impiedad’ cualquier intento de desvío, relajo o desviación. Imaginemos, entonces, esa bifurcación moral que escinde la voluntad de cumplir con los dioses o con los hombres, en aquel momento de apremio a los de Tebas que recrea con la mayor de las vivacidades Sófocles.

La segunda cuestión en mientes tiene que ver con lo que pareciera ser la otra cara -esta vez de tesitura secular- de una misma moneda: el respeto a la patria, a la ciudad, a la polis, a su organización político-institucional y legal; también, al orden y disposición material y social de la ciudad, a sus templos; a los bienes y espacios públicos, y a su jerarquía o sistema de estratificación social. En este orden de ideas, tal como lo deja asentado el propio Aristóteles en los inicios de su *Política*, la totalidad es

anterior a sus partes constituyentes, la patria o ciudad-estado es lógica y ontológicamente primero que los individuos que la conforman, pues en la medida en que la totalidad es vulnerada de alguna forma, eso impacta y resiente, cual telón de fondo intangible que soporta y estructura el orden sociopolítico en cada uno de los individuos, ciudadanos libres y esclavos por igual.

Parecía lógico entonces, que frente a las amenazas de un Polinices envalentado con sacrílegas ofensas de holocaustos, hierosulía y destrucción generalizada, Creonte, como gobernante, sentara posición ante aquella afrenta, e Ismene, pavorosa, lo siguiera para evitar la ofensa imperdonable a los “dos mundos” por igual, el hierocrático y el político o propiamente mundano, al que estaba irremediamente circunscrita. Sófocles escribe sus piezas -nos dice Bowra- con el pleno convencimiento de que las leyes de los dioses no son las mismas que las leyes de los hombres, y de que puede ser completamente un yerro para los dioses lo que pudiera parecer hartamente justificado para los hombres (1968: 203)

3. El miedo de Ismene y el coraje de Antígona, o sobre el conservadurismo político

Mientras Antígona puede ser considerada como la imagen fiel de la mujer protofeminista y protorrevolucionaria, primero al enfrentarse al poder patriarcal, y segundo, al intentar enfrentarse al poder del rey -aunque, valga advertir, no busca transformaciones radicales del orden establecido, Ismene, su hermana, encarna valores contrarios. Respetuosa de la ley, y en particular del edicto de Creonte, por temor y sumisión, prefiere privilegiar la disposición de dicho mandato y no arriesgarse ni física ni psicológicamente, mucho menos caer en desgracia ante los implacables dioses, coadyuvando en la intención de su hermana Antígona en el entierro de su hermano Polinice. Así como sugerimos que el coraje de Antígona la aproxima a “posiciones revolucionarias” de igual forma, la asunción cabal de la ley humano-positiva puede ser interpretada más que como un simple temor, como una posición políticamente conservadora. Eso puede apreciarse en intervenciones como:

ISMENE.- *¿Qué ventaja podría sacar yo, oh desdichada, haga lo que haga, si las cosas están así?* ANTÍGONA.- *Piensa si quieres colaborar y trabajar conmigo.* ISMENE.- *¿En qué arriesgada empresa? ¿Qué estás tramando?* ANTÍGONA.- *(Levantando su mano.) Si, junto con esta mano, quieres levantar el cadáver.* ISMENE.- *¿Es que proyectas enterrarlo, siendo algo prohibido para la ciudad?* ANTÍGONA.- *Pero es mi hermano y el tuyo, aunque tú no quieras. Y, ciertamente, no voy a ser cogida en delito de traición.* ISMENE.- *¡Oh temeraria! ¿A pesar de que lo ha prohibido Creonte?* ANTÍGONA.- *No le es posible separarme de los míos.* ISMENE.- *¡Ay de mí! -Acuérdate, hermana, cómo se nos perdió nuestro padre, odiado y deshonorado, tras herirse él mismo por obra de su mano en los dos ojos, ante las faltas en las que se vio inmerso. Y, a continuación, acuérdate de su madre y esposa -las dos apelaciones le eran debidas-, que puso fin a su vida de afrentoso modo, con el nudo de unas cuerdas. En tercer lugar, de nuestros hermanos, que, habiéndose dado muerte los dos mutuamente en un solo día, cumplieron recíprocamente un destino común con sus propias manos. Y ahora piensa con cuánto mayor infortunio pereceremos nosotras dos, solas como hemos quedado, si, forzando la ley, transgredimos el decreto o el poder del tirano [de Creonte]. Es preciso que consideremos, primero, que somos mujeres, no hechas para luchar contra los hombres, y, después, que nos mandan los que tienen más poder, de suerte que tenemos que obedecer en esto y en cosas aún más dolorosas que éstas” (Cf. del v. 40 al 65).*

Y ante esto nos preguntamos: ¿hasta qué punto el natural temor de enfrentarse a un sistema de gobierno establecido, a sus instituciones, a su administración de justicia, etc., puede significar sólo eso, un natural y espontáneo temor que produce toda

expectativa de *desafío*, y no un larvado pero consistente conservadurismo? A la solicitud de Antígona a su hermana Ismene de colaborar activamente en el cumplimiento del mandato divino del ritual funerario, Sófocles deja traslucir manifestaciones de una actitud temerosa, ciertamente, pero también algo aderezada de una conciencia política conservadora que advierte las penas y consecuencias existenciales de prorrumper contra un determinado cuerpo de leyes.

Como se ve tempranamente al principio de la obra, en aquellas palabras citadas no son pocas ni desestimables las razones que expone Ismene a su hermana para abortar la pretensión filial de darle ritual sepultura al cuerpo de su hermano. El conservadurismo es aquella doctrina política que defiende el mantenimiento del sistema de valores políticos, sociales y morales tradicionales y se opone a reformas o cambios radicales en la sociedad. Se dice que una persona, partido, institución o gobierno profesa el *conservadurismo* cuando asume una actitud de inmovilismo ante las demandas y retos de la sociedad, y frente a las notas de esta definición, efectivamente es lo que pareciera connotar la actitud de Ismene.

No vamos a disputar sobre el prejuicio que por lo general asocia la actitud políticamente conservadora a las capas altas de la pirámide social, que frente a las amenazas de cambio o transformación se aferran a vetustas instituciones y jerarquía de valores. Hablamos de ‘conservadurismo’ como una posición generalizada que puede inficionar al cuerpo social entero, o a sectores sociales específicos con independencia de específica topología en la estructura social.

Y es esta acepción de conservadurismo como ‘inmovilismo’ lo que advertimos en la personalidad de Ismene por las respuestas que ofrece ante la propuesta de su hermana: no transigir bajo ningún pretexto, por muy persuasivo que suene, con ningún tipo de iniciativa que altere el orden establecido. Y adviértase que Antígona no la invita a ninguna revuelta social escalada frente a un régimen político, cuerpo de leyes o institución específica; la empresa de Antígona es de exclusivo carácter individual, es una iniciativa existencial en la resolución de una situación que exige el desenlace natural de la conjunción entre el amor filial incondicional y un ritual sagrado. Como dice C.M. Bowra (1968: 200) “Antígona no es sino una muchacha que

obra sin vacilar movida por las exigencias de un principio fundamental: saber que se debe enterrar a un hermano, porque así lo exige la ley de los dioses. En ningún momento pone en tela de juicio y menosprecia a su hermana, porque no coopera con ella, pero, al fin la conducen para enterrarla viva en una gruta, demuestra su abatimiento, pero no para excusar su acción sino para lamentar su triste sino”.

Pero el drama trágico perdura hasta el final de la obra con un desenlace que lo atiza mucho más. Hemón se hace consciente de la situación con su prometida. En una primera instancia de intercambio con su padre se muestra obediente (635). Creonte, en un intento de persuadir con admirable elocuencia a su hijo de que no se case con Antígona, esgrime como argumento lo que precisamente piensa de ella hasta casi al final de la obra: que es una mujer desobediente de los edictos de la ciudad (650-655). Asume como premisa la sumisión de todo ciudadano y el castigo por sedición “*al que la ciudad designa se le debe obedecer en lo pequeño, en lo justo y en lo contrario*”, nos dice Creonte. Hemón, aunque respeta y admira a su padre, eleva una crítica a su intento de intervenir en todos los aspectos, privados y públicos que atañen a los ciudadanos de Tebas. Ya esto es un atisbo de una de las notas distintivas o esenciales de todo sistema dictatorial o tiránico, el totalitarismo (685).

En este sentido el joven vástago contraría la decisión de su padre, incluso defendiendo la acción que emprende Antígona con el difunto, alega: “Pero a mí me es fácil escuchar en la sombra cómo la ciudad compadece a esa joven, merecedora, se dice, menos que ninguna, de morir ignominiosamente por haber cumplido una de las acciones más gloriosas: la de no consentir que su hermano muerto en la pelea quede allí tendido, privado de sepultura. Ella no ha querido que fuera despedazado por los perros hambrientos o las aves de presa” (695).

Hemón le sugiere a su padre que dosifique su soberbia, que cultive más la prudencia y la sabiduría, y si no puede con mérito propio, que al menos se relacione con gente sabia y prudente (720), pero Creonte saca a relucir la petulancia y el desplante propio de una ruptura generacional: ningún chico por muy sagaz que sea, puede aleccionar sólidamente a un viejo y gobernante (725). Al parecer, la decisión de Creonte crece en impopularidad, pero, con todo, Creonte, altivo y desafiante, sostiene que la

Ciudad no es quién para decirle lo que debe hacer o decidir. De forma muy sutil, casi simultáneamente, mientras Hemón defiende el honor y la vida de su amada, y Creonte le espanta sofismas de autoridad, Hemón da prodigios de consejos de justicia y buen gobierno.

Y obsérvese que esta tradición filosófica expresada como buena literatura de dar consejos áulicos perviven con mucha fuerza hasta Maquiavelo, pasando por Leibniz, por sólo nombrar dos egregios filósofos áulicos, y, salvando las distancias, hasta la traza degradada de nuestros “asesores del teclado” (Cf. 730-765) Pero su empresa persuasiva es inútil. Hemón incluso vaticina su muerte. El padre cree que es con él y se ofende. Hemón entra también en un tenue “duelo epistémico” con su progenitor: da razones morales para *justificar* una actitud ético-política. Creonte apela a los dioses sin razón: no atisba razones ni fundamento alguno sobre su posición y termina razonando circularmente: porque es rey y gobernante aplica la ley, aplica la ley porque es rey y gobernante.

Creonte ya había anunciado que el que transgrediera la ley sería lapidado (36) pero luego cambia de opinión y decide dejarla morir de inanición para evitar la violencia física y hacer que la muerte tuviera aspecto de algo natural y no obra de un hombre. El *Coro* (en el verso 875) justifica los dictámenes del poder, jamás puede transgredirse la autoridad. La propia Antígona se defiende (905) ofreciendo un sólido argumento: que la honra sepulcral al hermano es bien recibida no sólo por los dioses sino también por los humanos sensatos, aunque a los ojos de Creonte siga siendo una mujer impía. Hasta el adivino Tiresias (1000) le reprocha a Creonte su soberbia decisión, aduciendo que, por no haber permitió el sepulcro de Polinice, el cuerpo se ha descompuesto y cuyo detrito ha sido fértil en la generación de pasto, por lo que los ritos sacrificiales del resto de otros ciudadanos no se cumplen de igual manera. El trinar de pájaros ya no es el mismo a causa de que han comido sangre y carne podridas por lo que los signos de los vaticinios ya no son tan diáfanos. Lo anima a recapacitar, incluso (1025) Creonte se resiste, al igual que al guardia encargado de la vigilancia del cuerpo insepulto, acusa al adivino de haberse vendido y dice que jamás

el cuerpo será enterrado (1035-40). Creonte, finalmente reflexivo, reconoce la verdad en boca del adivino, pero su orgullo no le permite reconocerlo en su presencia. Tiresias se retira, pero aquel le confiesa al corifeo sus dudas expresando cierta turbación del alma, lo que hoy llamaríamos “remordimiento de conciencia” (1095) “¡Hay de mí con trabajo desisto de mi orden, pero no se debe luchar en vano contra el destino!” (1105). Incluso, se apresta a liberar a Antígona. De hecho asombrosamente, coincide con ésta en la supremacía de las leyes establecidas por los dioses por sobre las efímeras leyes humanas. Pero ya era demasiado tarde. Su hijo ha muerto por sus propias manos también. Creonte, triste y sollozando, medio abrazado a la cintura de su prometida colgada de resistentes lazos por su cuello, al ver a su padre acercarse y preguntar en detalle por lo sucedido, intenta atestarle un puntazo con su espada, pero no logra alcanzarlo. Había intentado matarlo antes de suicidarse él también.

Es de hacer notar, no sólo el manido asunto de las situaciones trágicas vividas por la familia de Antígona y Creonte, sino la fuerza, pasión, coraje, pero sobre todo determinación en las decisiones de los personajes de Sófocles. Están guiadas y predeterminadas por un sino inexorable por eso no hacen mayor esfuerzo elusivo, y cuando ya esto es advertido, la determinación a cumplirlo es implacable. Si se trata de matar, asesinan sin piedad; si se trata de una delación, lo hacen sin considerar el duro derrotero que espera al delator; si se trata de suicidarse, se quitan la vida con el mayor de los corajes y no sin cierto histrionismo.

Por último, al enterarse en palacio de la muerte de su hijo, Eurídice también se suicida. Una de las grandes ironías con la que finalmente se enfrenta Creonte es que se va a sentir impelido a enterrar a sus muertos, a honrar a los dioses con los rituales fúnebres y las libaciones en preparación para el hades, ¡tal y como precisamente él se lo impedía a Antígona! Lo de Creonte se vuelve ahora no sólo ironía sino paradoja lógica. Asumiendo que no se hubiese doblegado ante la maledicencia del pueblo y los consejos del sabio, ¿qué habría hecho? ¿Habría sido un sujeto respetuoso de la ley y los hubiese expuesto a la intemperie como comida de carroña, por el irrespeto que implicó para con un gobernante el haber defendido la empresa dignificadora de

Antígona, o, como hombre de poder privilegiado de complicidades y secretos, los hubiese enterrado a espaldas de la opinión pública?

4. Comentario final

La figura de Antígona ha llegado hasta nosotros como símbolo de lealtad absoluta, incluso ante el peligro de muerte. He aquí una hermana que, lejos de sentirse celosa de su hermano, reconoce la injusticia del destino que se ha cernido sobre él y rehúsa aceptarlo, incluso si en el proceso esto puede significar el sacrificio de su vida. Igualmente reconoce lo perverso de dudosas autoridades y el horror de la crueldad arbitraria, y hace todo lo posible por resistirse. Su claro sentido de la justicia ciertamente es contagioso; pues, en respuesta a sus acciones, Hemón, su prometido, desobedece a su padre y la rescata.

Existen muchas inferencias sutiles en esta historia, aparte del resplandor de la lealtad de Antígona hacia su hermano. Creón, que se autodeclara rey de Tebas, representa las normas sociales imperantes en la época. Al tiempo que estas normas pueden ser impuestas por la fuerza, reflejan los valores y ambiciones personales de los que las promulgan, y su legitimidad final puede quedar abierta al cuestionamiento. Es por ello que dejamos a la reflexión la siguiente pregunta: ¿Puede hablarse entonces de desobediencia legítima contra un cuerpo de ley encarnado en el ejercicio del poder que se considera tiránico o despótico? Tomás de Aquino, Henry Thoreau, Habermas, y Peter Singer, entre otros, van a argumentar a favor, pero la valoración de estas modulaciones sobre la desobediencia queda para otro espacio. Tal y como afirma Bowra “en *Antígona* comenzamos por creer que Creonte tiene razón, al prohibir el sepelio del cadáver del traidor Polinices, y Antígona no la tiene, al desobedecerle, pero de un modo inexorable comprendemos que quien no tiene razón es Creonte y quien la tiene es Antígona” (Bowra, 1968: 198)

Quienes, a manera de esclavos, obedecen a lo que el poder instituido define como ‘bueno’ o ‘malo’, ‘conveniente’ o ‘inconveniente’, ‘justo’ o ‘injusto’, pueden, como Creonte, estar vacíos internamente, sostenidos únicamente por el poder que ejerce

en el mundo exterior tal y como, por ejemplo, excelsamente lo refleja Jenofonte en su diálogo “*Hierón o sobre la tiranía*”, quien en su intercambio con el poeta Simónides, le confiesa que, a diferencia de lo que el vulgo suele apreciar, el tirano no es feliz pues pudiendo tener superlativamente todo tipo de placeres su “paranoia esquizoide” es tal que le impide disfrutarlos satisfactoriamente.

En consecuencia, lo que se considera como “políticamente correcto” en un momento dado, puede conducir después a una interpretación distinta de la corrección social, cuando la norma antigua abre la posibilidad a una nueva; y solo alguien como Antígona, con una visión y un corazón claros, puede ver más allá de lo que se considera política y socialmente apropiado, y percibir lo que en realidad de verdad es correcto conforme a la voz interior de su conciencia moral y de su sentido del deber filial, religioso y cultural.

La mítica historia de la Casa de Tebas es sombría, y comienza incluso antes del propio Edipo. En esta familia, a un error le sucede otro, de peor modo que en cualquier comedia de televisión, y la saga está plagada de las maldiciones de varios dioses ofendidos. La Casa de Tebas es la “familia disfuncional” por excelencia. No obstante, incluso ante la existencia de semejante caos, todavía puede persistir un vínculo de amor y de lealtad, como el de Antígona y Polinices. El poder del amor humano dentro de la familia es capaz de soportar incluso una herencia psicológica sumamente destructiva, redimiendo el pasado y reconstruyendo el futuro.

El relato mítico funciona como un lente de aumento o uno de esos espejos negros cuyo filtro oscuro permitiera contemplar los eclipses, los avatares y zozobras de algunas indómitas pasiones humanas que se amplifican por sus roces con el desnudo ejercicio del poder, como a través de una cámara lenta capaz de captar los episodios y las coyunturas del *ethos* de una comunidad de hombres cuya genuina amalgama es en última instancia, y a rabiar de las instituciones, normas y leyes, la conciencia y el juicio moral que los mueve, los compromete o los paraliza.

A partir de aquí, llegamos a dos conclusiones preliminares: Antígona resuelve un posible dilema entre obedecer o bien a la ley positiva o bien a la divina optando

por acatar el mandato de los dioses de darle sepultura a su hermano, cumpliendo con el imperativo de su conciencia enraizada en una marcada estructura ritual. En contraste, su hermana Ismene deviene en símbolo de conservadurismo en tanto prefiere no subvertir el orden comunitario aun si comparte el dolor por la pérdida de su hermano. Por otro lado, Creonte entra en una dramática situación paradójica: cumplir con la ley de la cual es máximo preceptor o, en tanto comparte el mismo *ethos* y tradición heredada de Antígona, cumplir con el ritual divino del entierro de su hijo y de su mujer.

BIBLIOGRAFÍA

BOWRA, Cecil. *Introducción a la literatura griega*. Ediciones Guadarrama. Buenos Aires, 1968.

GALTUNG, Johan. *Paz por medios pacíficos: paz y conflicto, desarrollo y civilización*. Bakeaz. Bilbao, 2003.

SÓFOCLES. *Antígona* (Trad., y notas: Assela Alamillo). Gredos. Madrid, 1992.